

2165

Celso Lucio



L. PARDO

SEGUNDA EDICIÓN

**CLAVETES DOBLES**

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

MADRID

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA, MAYOR, 16, ENTRESUELO

1897

4

1875

1875

**CLAVELES DOBLES**

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# CLAVELES DOBLES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**CELSO LUCIO**

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 21 de  
Enero de 1891

---

SEGUNDA EDICIÓN

---

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

*Teléfono núm. 551*

—  
1897



Al Sr. D. Cándido Lara

en prueba de consideración y verdadero  
afecto

El Autor

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

SOLEDAD.....	SRA. VALVERDE.
DOLORES.....	RODRÍGUEZ.
ROSALÍA, criada.....	SRTA. BLANCO.
EL BRIGADIER.....	SR. GUERRA.
ARTURO, su ayudante.....	RUIZ DE ARANA.
SERAFÍN.....	RUBIO.

---

## LA ACCIÓN EN MADRID

---

Derecha é izquierda las del actor



---

# ACTO UNICO

---

Gabinete elegante.—Puertas al foro y laterales.—Balcón á la derecha, en primer término.—Velador con timbre, á la izquierda.—Butacas, sillas, etc.

## ESCENA PRIMERA

SOLEDAD y DOLORES

- SOL. No puedes negar, Dolores,  
que el baile estuvo magnífico.
- DOL. Es verdad.
- SOL. Las de Cerezo  
tienen un gusto exquisito,  
y nos hicieron pasar  
un rato agradabilísimo.  
Tú también te divertiste.
- DOL. *Consí, consá.*
- SOL. No he entendido.  
No me hables en lenguas muertas,  
sabes que nos las domino.
- DOL. Que me divertí muy poco.
- SOL. Si tú siempre estás lo mismo:  
displicente, descontenta...  
Y eso, ¿sabes lo que es? Mimo.  
Aquí no hay más voluntad  
ni más ley que tu capricho;  
y como á mí no me gusta  
negarte nada, transijo

con tus gustos y rarezas.  
¿Y sabes lo que te digo?  
Que lo que á tí te hace falta  
es otro padre... lo dicho;  
y á mí también, es decir,  
también á mí otro marido.

DOL.

Pero, mamá...

SOL.

Y á propósito,  
dime, ¿qué te ha parecido  
aquel chico diplomático,  
tan elegante y tan fino,  
que nos presentaron las  
de Cerezo?

DOL.

¡Muy buen chico  
y muy galante!... (¡Y muy tonto!)

SOL.

¡Es un hombre distinguido!  
Ya ves, el muchacho estuvo  
toda la noche conmigo  
obsequioso, delicado...  
en fin, parece un buen chico.  
¿Y sabes lo que noté,  
aunque él no llegó á decirlo?  
Que está enamorado.

DOL.

Puede.

SOL.

Lo noté en ciertos suspiros  
y en ciertas frases, cortadas  
todas por el mismo estilo,  
como: «Yo sufro en silencio.»  
«El no ser correspondido  
debe ser horrible,» y... «¡Ay!»  
En seguida otro suspiro,  
luego una alusión á *ella*;  
y yo, al ver al pobre chico,  
caí en la cuenta, y me dije:  
«Este, va para marido.»

DOL.

¿Y no te dijo por quién  
suspira con tal ahinco  
y sufre de esa manera?

SOL.

Te diré... tengo un indicio.  
Como tú sabes, las flores  
son nuestro único capricho,  
y nos gustan los claveles  
con verdadero delirio...

DOL.

Es verdad.

- SOL.                               Pues la otra noche,  
—yo no sé con qué motivo,—  
se lo dije á ese muchacho  
y,—ya ves si será fino,—  
desde aquel día sin falta,  
á diario recibimos  
un ramo fresco y lozano  
de claveles preciosísimos.
- DOL.                               ¿Y él los manda?
- SOL.                               Es natural.  
Y la razón adivino.  
Es la traducción de aquellos  
entrecortados suspiros.
- DOL.                               (Si supiera...)
- SOL.                               Y lo que prueba  
que es delicado y es fino,  
es que nunca da su nombre  
cuando nos manda el ramito.
- DOL.                               (No es fácil.)
- SOL.                               Ya sabes que hoy  
en casa le recibimos.  
Muéstrate atenta con él,  
porque, ó me engaño muchísimo,  
ó ese muchacho será...
- DOL.                               ¿Qué será?
- SOL.                               Tengo un indicio.  
Mira: busca en los papeles  
de música algo bonito.  
Hasta luego.
- DOL.                               Hasta después.
- SOL.                               Veremos. Tengo un indicio.  
(Vase primera izquierda.)

## ESCENA II

DOLORES, después ROSALÍA, foro derecha

- DOL.                               ¡Y mamá sin saber nada!  
Es claro, nada la he dicho...  
¡Si se llega á descubrir.  
Dios mío, qué compromiso!...  
¿Cómo le digo á mamá  
que el ramo que recibimos

todos los días, no es  
un obsequio de ese tipo  
que estuvo toda la noche  
con ella obsequioso y fino,  
y conmigo sonriéndose,  
mirándome con cinismo  
como diciéndome: «A tí  
es á quien yo me dirijo?»  
Si ella conociera al otro,  
al verdadero, al legítimo,  
al que sin faltar un día  
desde que le he conocido,  
con su brillante uniforme  
llega hasta ese descansillo,  
y antes de subir la orden  
al Brigadier, nuestro amigo,  
viene á jurarme su amor  
á través del ventanillo  
y á dejarme esos claveles  
que á veces besa atrevido,  
sin cuidarse el imprudente  
de que yo me ruborizo...

Hoy vendrá como á diario,  
y he de decirle el conflicto  
que ha originado, el creer  
mamá que son los ramitos  
un obsequio de ese tonto.

Ros.

Señorita: el señorito,  
que dice que quiere entrar.

Dol.

¿Y qué le has dicho?

Ros.

Que no;

y no me ha hecho caso, y yo...  
pues... le he dejado pasar.

Dol.

Mamá...

Ros.

Dice que un momento,  
y que nadie puede verle.

Dol.

Es preciso convencerle.

(Aparece el Ayudante, y sale Rosalía foro derecha.)  
¡Dios mío... qué atrevimiento!

ESCENA III

DOLORES y ARTURO (con un ramo de claveles, que ocultará con la teresiana hasta el momento oportuno.

ART. ¡Mi Lola!  
DOL. ¡Mi Arturo!  
ART. ¡Mi bien!  
DOL. ¡Mi tesoro!  
ART. ¡Amarte es la vida!  
DOL. ¡No amarte es morir!  
ART. ¿Me quieres?  
DOL. ¡Te quiero!  
ART. ¿Me adoras?  
DOL. ¡Te adoro!  
ART. ¡Mi dicha!  
DOL. ¡Mi encanto!  
ART. ¡Amarte es vivir!  
Sin miedo á tu madre,  
de amores rendido,  
á riesgo de todo  
me tienes aquí.  
Ya ves que no temo,  
que estoy decidido;  
y todo, Lolita,  
lo arrostro por tí.  
¿Me quieres?  
DOL. ¡Te quiero!  
ART. ¿Me adoras?  
DOL. ¡Te adoro!  
ART. Pues todo, amor mío,  
se puede arreglar.  
Tu madre se entera,  
nos echa el gran toro,  
y juntos decimos  
«me quiero casar.»  
Nos casan, y luego,  
siguiendo la moda,  
que impone sus leyes  
con ansia febril,  
los dos emprendemos  
el viaje de boda

en un cochecito  
del ferrocarril.  
Nos vamos á Francia,  
después á Inglaterra,  
después á Turquía,  
más tarde al Japón,  
y no queda un sólo  
rincón de la tierra  
que no sea testigo  
de nuestra pasión.

DOL.

Mamá no consiente.

ART.

¿Por qué, vida mía?

DOL.

Si le hablo de amores  
levanta la voz.

ART.

Le doy una carga  
de caballería.

DOL.

Por Dios, Arturito,  
no seas atroz.

ART.

¿No ves que yo sufro  
no estando á tu lado?

¿Que al verme á tí unido  
será mi placer?

¿No sabes que á veces  
por verte he arrojado  
los ímpetus fieros  
de mi brigadier?

No sabes lo mucho  
que sufro, y me altera  
que ya nadie ignore  
que tú eres mi amor.

¡Y todo el que sube  
por esa escalera  
me mira de un modo  
desconsolador!

Y un sólo momento  
que esté al ventanillo,  
eso es un constante  
bajar y subir.

Y yo, vengan vueltas  
por el descansillo,  
por ver si evitamos  
el dar que decir.

Y yo de este modo  
ni estoy en mi centro,

ni vivo, ni paro,  
ni sé cómo estoy;  
nervioso, impaciente,  
ni salgo, ni entro,  
ni subo, ni bajo,  
ni vengo, ni voy.

DOL.

¿Me traes los claveles?

ART.

¡Aquí están!

DCL.

¡Dios santo!

¡Mamá que se acerca!

Te vas á esconder.

(Señalándole la segunda derecha.)

Si sale un momento,

te vas entretanto.

ART.

¿Quién sube la orden

á mi brigadier? (Entra segunda derecha.)

#### ESCENA IV

DOLORES, SOLEDAD primera izquierda, después ROSALÍA por el foro.

SOL.

¿Ha bajado el brigadier?

DOL.

No ha bajado todavía.

SOL.

¿Hablabas?...

DOL.

Con Rosalía.

SOL.

Pues yo me llegué á creer. .

Y, vamos á cuentas, dí:

ese brigadier marcial

¿te hace á tí el amor?

DOL.

No tal.

SOL.

Entonces me le hace á mí.

No se explica de otro modo

que hable con tanto calor

siempre de un tema: el amor.

A amor lo reduce todo.

DOL.

Es cierto.

SOL.

¿Lo has observado?

Pues ese es su eterno tema;

Y no lo hace por sistema;

eso es que está enamorado.

El oculta una pasión,

busca la ocasión quizás;

y un día la encuentra y ¡zás!

la suelta de sopetón.  
No nos perdona á diario  
su visita prolongada;  
y aunque esta visita nada  
encierra de extraordinario;  
y aunque es un amigo fiel,  
y es discreto y es prudente,  
no quisiera, francamente,  
que se encontrara con él.

DOL.

¿Con él?

SOL.

Con él, sí, señora.

Sin duda lo has olvidado,  
aunque te lo he recordado  
no hace quizá un cuarto de hora.

DOL.

¡Ah! Sí; el de la reunión;  
el de los claveles.

SOL.

Ese.

Y como no le interese  
oir la conversación,  
si es él por casualidad  
el que viniera primero,  
ponle el gesto muy severo;  
mucha, mucha seriedad.  
Contestas si él llega á hablarte.

Ya verás cómo yo estoy.

Y que se vaya, por hoy,  
con la música á otra parte.

DOL.

¿Y qué hacemos?

SOL.

Ya veremos.

Mostrarle poco interés;  
que él lo conozca, y después  
ya veremos lo que hacemos.

DOL.

Bueno; pues así se hará.

SOL.

¡Rosalia!... (Llamando.)

ROS.

¡Señorita! ..

SOL.

Si viene alguna visita  
avísame.

ROS.

Bien está.

DOL.

Si quieres, ensayaré  
al piano algo bonito.

SOL.

Vamos.

DOL.

(Aparte á Rosalía.) (Echa al señorito  
al momento.)

ROS.

(Le echaré.)



## ESCENA V

ROSALÍA y ARTURO, segunda derecha

- ROS. Le haré salir, ¡pobrecillo!  
¿Cuándo acabará este enredo?  
Señorito, salga usted.
- ART. Sácame sin perder tiempo,  
que me espera el brigadier.  
(Suena la campanilla en el foro derecha.)
- ROS. ¡La campanilla! Ahora á vuelvo.
- ART. Pero, ¿y la orden?
- ROS. Después  
la sacaré; ahora no puedo.  
(Vanse Arturo segunda derecha y Rosalía foro de-  
recha.)

## ESCENA VI

ROSALÍA y SERAFÍN, por el foro derecha

- ROS. Hágame usted el favor  
de esperar hasta que salgan.
- SER. No tengo prisa. Les das  
esta tarjetita. (¡Es guapa!)  
(Vase Rosalía primera izquierda, volviendo á salir y  
yéndose por el foro.)  
Pues señor, salió mi plan  
mejor de lo que esperaba.  
¡Soy un pillito! En fin, por algo  
estudié la diplomacia.  
¡Pobres mujeres! Las venzo  
en cuanto me da la gana.  
Y Lolita, que es un ángel,  
tan inocente y tan cándida,  
correrá la misma suerte.  
¡Soy un pillito! Estuve en casa  
de las de Cerezo, al pelo.  
Como Lola me entusiasma,  
yo busqué al instante un medio  
que me llevara á tratarla,

y me dije: «Serafin,  
mucho, mucha diplomacia;  
y pues que aquí está su madre  
y nadie en ella repara,  
y se está toda la noche  
tranquilamente sentada,  
seamos finos con ella,  
que, al cabo, por la peana  
se adora al santo, y después  
ya veremos lo que pasa.»  
Y con efecto, fui á ella;  
le dirigí una mirada  
expresiva, le ofrecí  
mi brazo, aceptó con gana,  
casi agradecida, y vengán  
paseitos por la sala.  
Alguna rabió de celos,  
porque ella estuvo muy franca  
y muy expansiva, hablándome  
de lo que no me importaba.  
Me dijo que los claveles  
con delirio le gustaban,  
y yo por eso me he puesto  
un clavel en la solapa.  
Era el más grande que había.  
La flor es exagerada.  
¡Parece una coliflor!  
¡Y todo por agradarla!  
En fin, que salió mi plan  
mejor de lo que esperaba.  
Las acompañé al salir,  
y me ofrecieron la casa,  
y aquí estoy dispuesto á todo,  
porque Lola me entusiasma.  
¡Soy un pillo! Aquí está ella.  
Malicia, valor y audacia.

## ESCENA VII

SERAFIN y SOLEDAD, primera izquierda

SER. Señora; tengo un placer  
en venirla á visitar;  
y usted me ha de dispensar

- SOL. si la vengo á distraer.  
Sea usted muy bien venido.  
Su visita nos agrada.  
Aquí para usted no hay nada  
de etiqueta ni cumplido.
- SER. Gracias.
- SOL. Tome usted asiento. (Se sientan.)
- SER. ¿Lolita?...
- SOL. En su cuarto está.
- SER. ¡Ay!
- SOL. (¡Los suspiritos ya!  
Se va acercando el momento.)  
Y la otra noche, ¿qué tal?  
¿Se pasó agradablemente?
- SER. Señora: yo, francamente.  
lo pasé bien, pero mal.
- SOL. ¿Cómo?
- SER. Yo me explicaré.  
Hablé con usted una hora;  
¿y quién no es feliz, señora,  
estando al lado de usted?  
Si seduce usted hablando,  
si encanta usted discutiendo,  
sí... sí...
- SOL. Siga usted diciendo,  
que eso me va interesando.
- SER. Usted, señora, que es buena,  
sabrás mi pena apreciar.  
No lo puedo remediar;  
pero yo tengo una pena.
- SOL. Está usted enamorado.
- SER. Enamorado perdido.  
¿Usted me lo ha conocido?
- SOL. Me lo había figurado.
- SER. ¿Qué la hizo á usted sospechar  
en mi pasión amorosa?
- SOL. El amor es una cosa  
que no se puede ocultar. (Se acerca á él.)
- SER. (¡Carámbolis!)
- SOL. Lo mejor  
es no perder la esperanza.  
Dígame usted, en confianza,  
el objeto de su amor.  
(A ver si rompe.)

- SER. El objeto...
- SOL. Si no peco de indiscreta.
- SER. Es una pasión secreta.
- SOL. Pues rompa usted el secreto.
- SER. Señora: temo un fracaso.  
Soy tímido, lo confieso.  
La conoce usted, y por eso  
no me atrevo, por si acaso.
- SOL. ¿Fracaso? ¡Qué desatino!  
¿La conozco? Pues á ver  
si acierto quién pueda ser;  
á ver si yo lo adivino. (Con zalamería.)  
Esa que su pecho adora  
y ha herido su corazón,  
¿estuvo en la reunión?
- SER. Sí que estuvo, sí, señora.
- SOL. ¿Y es hermosa?
- SER. Como un cielo.
- SOL. Pues le corresponderá.
- SER. Me hace usted feliz. (¿Será  
que me está tomando el pelo?)
- SOL. ¿De modo que esa pasión  
es firme y es verdadera?
- SER. ¡Ay! Si ella la conociera  
me tendría compasión.
- SOL. ¿Y si la conoce ya?
- SER. Conocerla no es posible.
- SOL. Si es cariñosa y sensible,  
confíe usted; le querrá.
- SER. Pero, ¿usted sabe quién es  
y me admite bondadosa?  
¿Qué amable! ¡Qué cariñosal (La coge la mano.)
- SOL. (Con dignidad.)  
Serafín .. Eso, después.
- SER. ¿Conque voy á ser su esposo,  
doña Soledad bendita?
- SOL. No; llámeme usted Solita.  
resulta más cariñoso.
- SER. Y Lolita, es natural...
- SOL. Ella á todo dirá amén.  
Cuando yo digo está bien,  
jamás le parece mal.
- SER. ¡Ay! Solita, qué vidita  
tan feliz disfrutará.

- SOL. Yo me iba cansando ya de esta vida tan solita. Y eso que, al cabo y al fin, en esta cuestión de amores, no faltan adoradores, créalo usted, Serafín.
- SER. Estoy loco de contento.
- SOL. Pero usted es muy galante y no he dudado un instante en darle mi asentimiento. ¡Con qué astucia y con qué tino ha sabido usted portarse, y ha logrado usted allanarse con las flores el camino!
- SER. Yo...
- SOL. Siempre busca, el que adora, nuestro flaco, claro está. Y acertó usted.
- SER. (¿Cuál será el flaco de esta señora?)
- SOL. Ese detalle ha sabido ganarse mi voluntad. Le digo á usted la verdad: los claveles me han vencido. Tanto, que sin duda alguna acepto su pretensión. Usted tiene posición, tiene talento y fortuna. Dejémonos de papeles. (Se levantan.) y no hagamos tonterías. Siga usted todos los días mandándome los claveles, y pues usted consiguió lo que nadie ha conseguido, usted será... mi marido, mi Serafín.
- SER. (Cayendo de golpe en la silla.) ¡Dominó!
- SOL. Yo, feliz y enamorada, haré de casa un edén.
- SER. (Anciana: la lengua tén.)
- SOL. ¿Qué le sucede á usted?
- SER. Nada;
- un mareo. Necesito tomar el aire.

- SOL. (Me caso.)  
SER. Saldré un momento, y de paso le traeré á usted el ramito.  
SOL. ¿De azahar?  
SER. (¡Bonito papell)  
No, señora; el que he encargado de claveles, aquí al lado, en la calle del Clavel.  
SOL. No tarde; se lo suplico.  
¿Volverá usted sin tardar?  
SER. Volveré... (a rectificar.  
¡Y vaya si rectifico! (Saluda y vase.)  
SOL. (Desde la puerta del foro.)  
Adiós, simpático, adiós.  
Seré tuya hasta la muerte.  
¡Dios mío, pero qué suerte hemos tenido los dos!  
Voy á anunciar á Dolores mi nuevo cambio de estado.  
Para mí no ha terminado la estación de los amores.  
(Vase por la primera izquierda.)

## ESCENA VIII

ROSALÍA foro derecha, y ARTURO segunda derecha.

- Ros. Señorito... ¡pobrecito!  
Puede salir sin cuidado.  
¡Pobrecito señorito!  
Estará desesperado.  
ART. ¿Al fin puedo salir ya?  
Ros. Sí; con mucha precaución.  
ART. El brigadier estará  
conmigo como un león.  
Ros. Antes no ha podido ser.  
ART. No sé qué disculpa dar. (Campanilla dentro.)  
Ros. Ese es.  
ART. ¿Quién?  
Ros. El brigadier,  
por el modo de llamar.  
ART. ¿Aquí el brigadier? ¡Qué horror!

Si se entera me he caído.

¿Vuelta al cuarto?

ROS.

Sí, señor.

ART.

¡Pues voy á estar divertido!

(Vanse Arturo segunda derecha, y Rosalía foro derecha)

## ESCENA IX

EL BRIGADIER por el foro derecha.

Estoy decidido á todo.

De hoy no es posible que pase.

Que ella lo sepa, y después  
veremos por dónde sale.

Ya debí habérselo dicho;

pero el maldito carácter...

¡Buena herencia me dejaron

mis queridísimos padres!

El, un hombre tan modesto,

tan cariñoso y afable

que jamás levantó el grito

ni se incomodó con nadie,

me ha hecho heredar su sencilla

timidez, su genio suave,

sus temores, su dulzura,

en fin, todo su carácter.

Y mi madre, aunque era buena,

tan buena como una madre,

tenía el defecto opuesto:

era altiva, dominante,

habladora como muchas,

decidida como nadie.

Y yo, por desgracia inmensa

y por singular contraste,

reuno los dos defectos

en su carácter más grave.

O soy una fiera, ó soy

más delicado que un guante.

Así es que, cuando en campaña,

donde las pasiones arden,

cuando la bandera roja

gallarda ondea en el aire

y las músicas animan  
y los corazones laten  
y el toque de las cornetas  
anuncia señal de ataque;  
cuando la atmósfera abrasa  
y los nervios se contraen  
y se mezclan y confunden  
en un eco inexplicable  
voces de mando y sollozos,  
gritos de rabia y coraje,  
alaridos de dolor,  
plegarias, gemidos, ayes,  
al verme entre el torbellino  
de humo y hieiro, fuego y sangre,  
entonces me siento lleno  
del carácter de mi madre;  
y al subir una montaña,  
cuando con rabia salvaje,  
y dejando atrás los muertos,  
todos gritan «adelante;»  
cuando ni un hombre de honor  
se sentiría cobarde,  
al tiempo que grito «arriba,»  
«viva España, ánimo, avancen,»  
voy pensando: «quiera el cielo  
que ahora no me sienta padre,  
porque se me cae la espada,  
comienzo á rezar la salve  
y digo: «si son hermanos,  
Señor, ¿por qué he de matarles?» (Pausa.)  
Y en todo igual. En amores  
ó soy audaz y galante,  
ó parezco un colegial  
recién salido de clase.  
Y esto, ¡mil bombas! me indigna  
y no hay nadie que lo aguante.  
Hoy me he levantado con  
los alientos de mi madre;  
y queriendo aprovechar  
estos preciosos instantes,  
he bajado sin paciencia  
de esperar á mi ayudante...  
Ella se acerca. Al mirarla,  
sin querer... me siento padre.



## ESCENA X

EL BRIGADIER y SOLEDAD, primera izquierda

- SOL. ¡Brigadier!...
- BRIG. Amiga mía...
- SOL. Usted siempre consecuente.
- BRIG. ¿Cree usted que viviría sin verla diariamente?
- SOL. Siempre ha sido usted galante á fuer de buen militar.
- BRIG. Gracias. Oiga ustedé un instante, porque tenemos que hablar.
- SOL. ¿Le ocurre á usted algo grave? Está usted sobreescitado.
- BRIG. Señora: es que usted no sabe que yo estoy enamorado.
- SOL. ¿Es posible? ¿Y cómo fué?
- BRIG. ¿Quién es la afortunadísima?...
- SOL. ¿Quién ha de ser si no ustedé?
- BRIG. ¡Áve María Purísima!
- SOL. Rendido por sus encantos, la adoro con frenesí.
- BRIG. (¡Qué atrocidad! ¡Pero cuántos hombres hay locos por mí!)  
Brigadier: yo; francamente, le agradezco la atención; mas desde hoy precisamente no mando en mi corazón. Lo deploro, Brigadier, pero ya tengo marido. Hubiera ustedé hablado ayer y le hubiera preferido. ¿Estaba ustedé enamorado? Pues haber sido oportuno y yo le hubiera aceptado sin inconveniente alguno.
- BRIG. Cierto, no tengo disculpa. Lo digo aunque no me cuadre. Pero no es mía la culpa.
- SOL. Pues, ¿de quién es?
- BRIG. De mi padre.

- Siempre como él me sentí  
al verla á usted tan hermosa.  
¡Si me siento madre, si  
que hubiera sido otra cosa!
- SOL. (¡Este hombre está algo chiflado!)  
BRIG. ¿Conque se me adelantó?  
Diga usted, ¿y cómo ha logrado  
lo que no he logrado yo?  
¿Cómo dicha tan entera  
ha sabido conseguir?
- SOL. Muy fácil. De la manera  
que le voy á usted á decir.  
Las flores son mi pasión,  
son mis antojos más fieles,  
y tengo predilección  
marcada por los claveles.
- BRIG. ¿Y qué?  
SOL. Pues que mi... futuro,  
que halagarme pretendía,  
halló el medio más seguro  
de alcanzar mi simpatía;  
y no ha habido un día que  
haya faltado obsequioso  
de mandar un ramo de  
claveles dobles, preciosos.
- BRIG. ¿Y nada más?  
SOL. Eso es todo.  
Confiese usted que el detalle  
es delicado.
- BRIG. ¿De modo  
que yo me voy á la calle?  
No lo puedo consentir.  
Esto es ponerme en un potro.  
Yo no puedo permitir  
que se case usted con otro.  
¿Flores? A haberlo sabido  
no es suya la preferencia.  
Yo la hubiera á usted traído  
los jardines de Valencia;  
la hubiera á usted obsequiado  
con claveles á granel,  
y hasta me hubiera mudado  
á la calle del Clavel.
- SOL. Si no es que yo no le quiera,

- se lo digo francamente;  
si sería brigadiera  
fuera de ese inconveniente.
- BRIG. Diciéndole que ha cambiado  
usted, se resignaría.
- SOL. Está tan enamorado,  
que, de fijo, se moría.
- BRIG. Pues, señora, no transijo  
conque al otro le prefiera.  
Quiérame usted.
- SOL. Pero, hijo,  
si ya no puedo, aunque quiera.
- BRIG. Le obligaré á desistir;  
y aunque no acepte el papel  
él tendrá que transigir.
- SOL. No sabe usted quién es él.
- BRIG. Pero usted me lo dirá,  
porque ocultarlo es injusto.
- SOL. Es que usted no lo sabrá,  
y así me evito un disgusto.  
Desista usted.
- BRIG. No es posible.
- SOL. Su pasión...
- BRIG. Es incurable.
- SOL. Su actitud...
- BRIG. Insostenible.
- SOL. Y mi esposo...
- BRIG. Inaguantable.
- SOL. Adiós.
- BRIG. ¿Se va usted tranquila  
dejándome en la ansiedad?  
¿Qué me aconseja usted?
- SOL. Tila  
y mucha tranquilidad. (Vase primera izquierda.)

## ESCENA XI

EL BRIGADIER, después ROSALIA, foro derecha

- BRIG. ¡Me lucí, por vida mía,  
hoy que me inspiró mi madre!  
Para esto, más me valía  
haber continuado padre.  
¿Y quién será ese importuno

que se terciaba en mi camino?  
Quién pueda ser no adivino.  
No recuerdo de ninguno.  
Su hija quizá esté enterada;  
pero ¿cómo la pregunto?  
¿Quién me entera de este asunto?  
(Toca distraídamente el timbre del velador y sale Rosalía.)

ROS. ¿Llamaba usted?  
BRIG. (La criada.

Esta lo sabe sin duda.)  
¿Quieres hacerme un favor?

ROS. ¡Ya lo creo! Sí, señor.

BRIG. Pues necesito tu ayuda.

ROS. Usted dirá.

BRIG. Me es preciso  
saber inmediatamente  
quién manda diariamente  
claveles.

ROS. (¡Qué compromiso!)

BRIG. Hace ya una temporada  
que los mandan á diario.  
Para entrar es necesario  
que se entere la criada.

ROS. Yo...

BRIG. ¿Por qué lo has de ocultar?  
Le has visto.

ROS. Sí.

BRIG. ¿Cuándo?

ROS. Hoy mismo

él entró aquí

BRIG. ¡Qué cinismo!

ROS. Y se pusieron á hablar.

BRIG. ¿Y tú oíste algo?

ROS. Muy poco.

BRIG. ¿Habría frases de amor  
y promesas?

ROS. Sí, señor.

BRIG. ¿Y él la querrá?

ROS. Como un loco.

BRIG. ¿Y después? Habla, ¿no ves  
que me importa?

ROS. Que no es tonto  
el señorito...

- BRIG. Habla pronto.  
Pero ¿qué pasó después?
- ROS. Pues que se quieren casar;  
y que él está decidido.
- BRIG. ¿Y qué más?
- ROS. Pues... se oyó ruido  
y se tuvo que ocultar.
- BRIG. ¿Dónde y por qué se ocultó?
- ROS. Como nadie lo sabía...  
Ahí. (Señalando la segunda derecha.)
- BRIG. ¿Y está ahí todavía?
- ROS. Sí, por usted no salió.
- BRIG. Basta. Yo te lo agradezco.  
Que no se enteren de nada.  
Quedarás recompensada,  
que yo cumplo lo que ofrezco. (Vase Rosalia.)

## ESCENA XII

### EL BRIGADIER

¿Conque aquí y en ese cuarto?  
La fortuna me depara  
hablar con él, vive Dios,  
que era lo que deseaba.  
Señor mío, nos veremos  
y ganaré la batalla;  
¡vaya si la ganaré!  
No sabe usted con quién trata.  
¡Y hoy, precisamente hoy  
que de lucha tengo gana  
y además... me siento madre!...  
Procuraremos que salga.  
(Acercándose á la segunda izquierda.)  
Caballero: ruego á usted,  
si quiere oír dos palabras,  
que salga un instante.

ESCENA XIII

EL BRIGADIER y ARTURO

- ART. (¡El!  
Se lo ha dicho la criada.)
- BRIG. Caballero... (Viéndole.) ¡Mi ayudantel
- ART. A la orden.
- BRIG. ¿Pero usted estaba  
encerrado en ese cuarto?
- ART. Sí.
- BRIG. ¿Y qué hace usted en esta casa?  
¿Qué es usted aquí?
- ART. Pues el novio,  
mi general, de la...
- BRIG. Basta.  
¿Luego usted es el prometido?  
¿Es usted el que se casa  
y, por lo tanto, es usted  
el tierno joven que manda,  
sin faltar un solo día  
claveles por la mañana?
- ART. Pues, bien; sí, mi general.  
Yo la quiero, ella me ama.  
Hoy entré un instante á verla  
para que esto terminara,  
como debe ser, casándonos;  
ella me dió su palabra  
y con objeto de que  
no me vieran en la casa,  
al oír ruido entré ahí.  
Pido perdón por mi falta.
- BRIG. Veremos. Siéntese usted.  
Quiero saber lo que pasa;  
y ya sabe usted que á mí  
me gustan las cosas claras.
- ART. A sus órdenes. (Se sientan.)
- BRIG. Olvido,  
en primer lugar, su falta,  
porque es muy justo el motivo.
- ART. Mi general, muchas gracias.
- BRIG. Aguarde usted. Pero, en cambio,

usted la atención me paga  
olvidando á esa mujer,  
no volviendo por la casa  
y no insistiendo en mandar  
claveles dobles, ni nada.

ART.

BRIG.

Pero, ¿cómo?...

Escuche usted  
la historia de lo que pasa.  
Yo, la quiero.

ART.

BRIG.

¡Cómo! ¿Usted?  
Escúcheme usted con calma.  
La quiero con pasión loca,  
aunque, por mil circunstancias,  
haya tenido hasta hoy  
esta pasión reservada.  
Hoy he pedido su mano  
y no ha puesto mala cara;  
únicamente me ha dicho  
que ha dado á usted su palabra,  
porque usted con sus claveles  
ha sabido conquistarla,  
y que si usted, por acaso,  
de ella quiere relevarla...

ART.

BRIG.

Mi general, yo la quiero,  
la quiero con toda el alma,  
y, crea usted, no podré,  
por más que quiera, olvidarla.

Reflexiónelo usté, Arturo.  
Quizás sea una ventaja  
para usted, que aun es muy joven.  
Y aunque esto no dice nada  
de la edad de usté á la de ella  
existe alguna distancia.

ART.

BRIG.

¡Si es joven!

No haga usted caso.  
Es que está bien conservada.

ART.

BRIG.

Perdone usted...

La conozco  
desde que vine á esta casa  
y siempre está igual, lo mismo  
que hace seis años; no cambia.  
Conque, queda terminado, (Levantándose.)  
¿no es eso? Usted la reemplaza  
á los dos días con otro

- nuevo amor, y santas pascuas.
- ART. Mi general: el activo  
más que el reemplazo me agrada;  
me gusta el servicio, y llevo  
muy poco tiempo en el arma...
- BRIG. Bueno. Puesto que razones  
y súplicas no le bastan...  
¡Capitán, cuádrese usted!  
Lo hago cuestión de ordenanza;  
y si esto no es suficiente,  
de hombre á hombre no va nada.  
Ni soy su jefe, ni usted  
es mi ayudante. Está clara  
la cuestión: somos dos hombres  
que se disputan la plaza  
en un duelo á muerte; conque  
ya puede usted elegir armas.
- ART. ¿Un duelo con usted? Nunca.  
Ya veo que usted la ama  
y que la hará usted feliz.  
Mi general, usted manda.  
¿Qué debo hacer?
- BRIG. Esperar  
un momento, y muchas gracias.  
Vuelva usted otra vez al cuarto,  
aquí no ha pasado nada.  
Espere usted el momento  
oportuno, y cuando salga  
por mandato mío, entonces  
me cumple usted su palabra  
diciéndola que renuncia...
- ART. Mi actitud...
- BRIG. Es desairada,  
pero la habla usted á solas,  
y me hace usted feliz.
- ART. Basta.  
Mi general, creo que  
sé cumplir con la ordenanza.  
(¡Pobre novia del teniente  
que bajo mi mando caiga!)  
(Vase segunda derecha.)



## ESCENA XIV

EL BRIGADIER

Ahora yo á comprar claveles.  
Un ramo que la entusiasme.  
¡Y Dios quiera que al volver  
siga sintiéndome madre! (Vase foro derecha.)

## ESCENA XV

DOLORES, primera izquierda y ARTURO segunda derecha.

- DOL. ¡Pobre Arturo! Ahí estará  
esperándome impaciente.  
¿Qué dirá cuando le cuente  
que se casa mi mamá?  
¡Nunca lo hubiera creído!  
Pero me lo ha asegurado.  
Dice que está enamorado,  
enamorado perdido,  
y que se ha arreglado ya  
la cuestión del casamiento.  
Voy á decirle que cuento  
con otro nuevo papá.  
Arturo... puedes salir...  
sube á ver al Brigadier...
- ART. De quien vas á ser mujer.  
¡Quién lo había de decir!  
Renuncio á toda esperanza.  
No acordándome de tí  
obedezco, porque así  
me lo manda la ordenanza.
- DOL. ¿Pero, qué dices, Arturo?
- ART. Y después que estés casada,  
no volverás á oír nada  
de mí, nada; te lo juro.  
A Cuba me iré al instante  
y ya jamás volveré...
- DOL. ¡Ay! ¡No, por Dios, quédate!
- ART. Si; quédate... de ayudante.

Para la Habana mañana  
pido el pase, por quien soy...

¡Nada; á la Habana me voy!...

DOL. ¡No te vayas á la Habana!

ART. Si has de ser feliz, me alegro...

DOL. Pero, ¿qué es lo que te alegra?

ART. ¡Yo allí hallaré muerte negra!...

DOL. Te va á matar algún negro.

Pero, explícate por Dios.

ART. ¡Nada, que hemos concluído!

DOL. Es que no te he entendido,  
ó estamos locos los dos. (Suena la campanilla.)

¡Han llamado! Ya no puedo

decirte lo que quería.

¡Celoso!... Ahora se podía  
salir...

ART. No; si yo me quedo.

DOL. ¿Por qué?

ART. Después lo verás.

DOL. ¡Viene gente!

ART. Hasta después.

(Vase segunda derecha.)

DOL. ¿Qué le ocurrirá?

## ESCENA XVI

DOLORES y SERAFIN, por el foro derecha, con un ramo de claveles

SER. (Ella es.

La conozco por detrás.

¡Sov un pillo!) Señorita...

DOL. Caballero...

SER. (¡Está muy grave!)

De fijo que usted no sabe

la causa de esta visita.

DOL. Pues se engaña usted; la sé.

SER. Pero lo que usted sabrá...

DOL. Hace un momento, mamá  
me ha estado hablando de usted.

SER. Pues está usted en un error,

si es lo que yo me figuro.

DOL. Me ha dicho...

SER. Si, de seguro,

- la habrá hablado de mi amor.  
De modo, que usted sabrá...
- DOL. Sé que, afortunadamente,  
tendré papá nuevamente.
- SER. ¡No me llame usted papá!
- DOL. ¿Por qué?
- SER. Porque aún no lo soy.
- DOL. Si ha de serlo usted mañana...
- SER. Y porque no tengo gana  
de oirlo.
- DOL. Basta; me voy.  
Le debo á usted obediencia.  
Le he molestado y lo siento.
- SER. Escúcheme usted un momento;  
óigame usted con paciencia.
- DOL. ¡Me riñe usted por decir  
«papá» siendo tan sencilo!
- SER. ¿Papá otra vez? (¡Soy un pillo!  
¡Pues me voy á divertirl!)  
Si usted quisiera escucharme,  
yo con gusto la diría  
que era cierto que tenía  
intenciones de casarme;  
pero usted debe saber,  
antes de que tal suceda...
- DOL. ¿Qué?
- SER. Todo, por lo que pueda  
algún día suceder.  
Su mamá se ha equivocado;  
y por suerte ó desventura,  
ni soy el que se figura  
ni sé por quién me ha tomado.  
El amor hoy á esta casa  
me trajo lleno de fe  
y...
- DOL. A ver: explíquese usted  
y sabremos lo que pasa.
- SER. Que hay un cambio de papeles,  
pues yo no sé desde cuando  
cree que la estoy mandando  
todos los días claveles.
- DOL. ¡Dios mío!
- SER. Y aunque el amor  
me hizo al principio callar,

ahora usted me va á ayudar  
á deshacer el error.  
Yo creo que hay que aclararlo,  
pues perjudico á un tercero,  
¿no es verdad?

DOL. No; caballero;  
es necesario ocultarlo.

Que todo se quede así.

SER. Pero si no se lo digo...

DOL. Sea usted un buen amigo  
y cálese usted por mí.

SER. Pero ¿por qué ese interés?

DOL. Al menos por el momento.  
¿Consiente usted?

SER. Bien; consiento.

DOL. Se lo explicaré después.

SER. En cambio usted aceptará  
esta promesa de amores. (Por el ramo.)

DOL. No.

SER. ¿Por qué?

DOL. Porque esas flores  
ya son para mi mamá.

Adiós; yo volveré pronto.

(Vase primera izquierda.)

SER. Sí, venga usted en mi ayuda.

Pues, señor, no cabe duda;  
¡soy un pillo ó soy un tonto!

## ESCENA XVII

SERAFIN, después el BRIGADIER con un ramo de claveles

SER. ¡Y qué monísima está!  
¡Rical A tí es á quien yo quiero.

En fin; ahora lo primero  
es convencer á mamá.

Antes de aceptar su amor  
estoy decidido á todo

y, aunque no sé de qué modo,  
yo la saco de su error. (Se sienta.)

BRIG. (Desde el foro.) Los más hermosos que hallé.

SER. Pues señor; ¡menudo lío!

BRIG. (¡Holal) Servidor de usted.

SER. (¡Caramba!) Muy señor mío. (Levantándose.)

- BRIG. (¿Quién será este inoportuno?)  
SER. (Me ha mirado con mal ceño.)  
BRIG. (¿Será?... No temo á ninguno.)  
Con permiso. (Se sienta.)  
SER. Usted es muy dueño. (Se sienta.)  
BRIG. (¡Trae claveles!)  
SER. (¡Trae un ramo!)  
BRIG. (¡Y es bonito!)  
SER. (¡Y es preciosos!)  
(¡Cómo me mira! ¡Me escamo!)  
BRIG. (¿Qué querrá aquí este gomoso?)  
SER. (Veremos .. El hablará.)  
BRIG. (En fin; que él hable el primero.) (Pausa.)  
SER. (Pues, señor, me carga ya  
la calma del caballero.  
¿Si será éste el de los ramos?)  
BRIG. (No rompe ni á tres tirones.)  
SER. (Este debe ser. Veamos.)  
BRIG. (¿No hablará?) (Pausa.)  
SER. ¿Son reventones?  
BRIG. Como usted.  
SER. Yo no sé en qué  
le puedo haber ofendido.  
BRIG. Que son como los de usted.  
SER. ¿Sí? No había comprendido.  
Pues... son las flores mi encanto.  
BRIG. Yo las admiro sin tasa.  
SER. Además, le gustan tanto  
á la dueña de la casa...  
BRIG. (¡Hola!) ¿Y acaso serán?... (Levantándose.)  
SER. Son para ella, sí, señor.  
BRIG. ¿Luego esas flores están?...  
SER. Están respirando amor.  
¿No sabe usted que se casa?  
BRIG. Por lo visto usted lo sabe.  
¿Y usted sabe lo que pasa?  
SER. Pasa una cosa muy grave.  
BRIG. ¿Por qué?  
SER. Porque el prometido  
esposo de Soledad  
piensa que el ser su marido  
es una barbaridad,  
y está decidido á todo  
antes de hacer tal exceso.

- BRIG. Caballero: ¿y de qué modo  
ha averiguado usted eso?
- SER. ¿Que cómo lo averigüé?  
Si soy el interesado.
- BRIG. ¡Usted! ¿Qué ha de ser usted?
- SER. Hombre, ¿estaré yo enterado?
- BRIG. Explíquese usted al instante  
ó no sabré contenerme.
- SER. Pues que no hablé lo bastante  
ó no han sabido entenderme.  
Vine lleno de ansiedad,  
guiado por mis amores,  
á ofrecer á Soledad  
mi mano para Dolores.  
Por ver si la convencia  
la pinté dicha sin tasa;  
la dije que ella sería  
la alegría de la casa;  
la hice entrever un edén,  
la ofrecí un porvenir bello,  
y no la dije por quién  
sentía yo todo aquello.  
Ella no lo comprendió;  
y, como aún es algo bella,  
es natural, se creyó  
que lo decía por ella.  
Oyéndome enumerar  
frases de amor tan sincero,  
como yo para adorar  
soy terrible, caballero,  
conmoví su corazón;  
me abandonó su albedrío,  
viniendo una confusión  
de padre y muy señor mío.  
Como yo, por cortedad,  
no la saqué del error,  
hoy me cree Soledad  
loco perdido de amor;  
y aunque no niego que es bella,  
no es para dar ese paso.  
Yo no me caso con ella.  
Vamos, que yo no me caso.
- BRIG. ¿Casarse usted? No señor;  
ni lo piense usted siquiera.

- SER. Me hacía usted el gran favor  
si usted me lo prohibiera.
- BRIG. Oiga usted lo que le digo.  
Sepa usted que Soledad  
con quien se casa es conmigo.
- SER. Dios mío, ¿será verdad?  
Siendo usted el que yo pensaba  
no es el caso extraordinario.  
¿Usted es el que la mandaba  
clavelitos á diario?
- BRIG. Pues, no señor, no soy yo;  
pero no ignoro quién es.
- SER. ¿Es otro el que los mandó?  
Entonces, ya somos tres.
- BRIG. No existe tal adversario.  
Y pues que usted no se casa,  
considero necesario  
que salga usted de esta casa.
- SER. Yo no me puedo marchar,  
porque deshecho el error,  
ahora necesito hablar  
á mi verdadero amor.  
Y al casarse usted, se explica (suplicando),  
que siendo usted el que mande...
- BRIG. Le protejo con la chica.
- SER. Bueno, yo á usted con la grande.
- BRIG. Ahora no podrá negarse  
á admitirme Soledad.
- SER. Por lo visto iba á casarse  
con toda la humanidad.
- BRIG. Vienen. Ella debe ser.  
Permanezca usted á mi lado.  
Yo necesito saber  
si es cierto lo que ha contado.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y SOLEDAD primera izquierda. Después ARTURO segunda  
derecha y DOLORES primera izquierda

- SOL. (¡Aquí los dos! ¡Cielo santo!  
¡Y aun están sin destrozarse!).  
General...
- BRIG. Señora, yo

quisiera que me escuchase  
y nos hiciera un favor  
á los dos.

SOL. Ya puede darse  
por hecho.

BRIG. Señora mía,  
la pregunta es importante:  
usted se casa, ¿no es cierto?

SOL. Ya se lo he dicho á usted antes;  
sí, señor.

BRIG. ¿Y quién es él?

SOL. El que tiene usted delante;  
Serafin.

SER. Yo...

SOL. ¿Y qué?

BRIG. Señora:  
le ruego á usted que se calme.  
¿Este va á ser su marido?

SOL. Sí, señor.

BRIG. ¿Y el ayudante?

SOL. ¿Qué dice usted, señor mío? (A Serafin.)

¿Consiente usted que le falten?  
Oféndase usted.

SER. Ahora voy.

Explique usted esa frase.

BRIG. Esa frase, es que usted ha dado  
su palabra á mi ayudante  
de contraer matrimonio  
con él.

SOL. ¿Yo? ¡Qué disparate!  
Ni le conozco.

BRIG. ¡Que no!

SER. ¡Qué liosa! ¡Otro que sale!

BRIG. (Subiendo á la segunda derecha y bajando con Arturo.)

Señora: aquí tiene usted  
al que rendido y galante  
mandaba á diario el ramo  
de claveles. (Sale Dolores.)

SOL. ¡Su ayudante!

¿Pues no los mandaba usted?

SER. No he mandado nada á nadie.

ART. Señora...

DOL. ¡Mamá, perdón!



- SOL. Pero, ¿quiere usted explicarme este enredo?
- BRIG. Capitán...  
(Su palabra.) Va á aclararse.
- ART. Dolores: por mil razones me es imposible casarme contigo.
- BRIG. ¿Qué dice usted?
- ART. La ordenanza antes que nadie. Lo que usted me ordenó hacer, mi general.
- BRIG. ¡Ayudante!...
- ART. ¡Usted se burla!
- ART. No tal.  
Con la que quiero casarme es con Lola.
- SER. (¡Me lucí!)
- SOL. ¡Qué dice usted de casarse!
- DOL. Sí, mamá; que los claveles eran de Arturo, y pensaste que eran de otro, porque yo te lo oculté. No te enfades.
- BRIG. Y usted, creyendo sin duda que venían de otra parte, se inclinó á dar esperanzas, que no agradeció bastante, á este señor, que traía ideas de declararse á Dolores, según él acaba de confesarme.
- SER. ¿No es cierto?
- SER. Yo... la verdad...
- SOL. (¡Cómo mira el ayudante!)  
Pero, ¿le ha contado á usted?...  
¡Tiene mucha gracia el lance!  
General, quise probar si su amor era constante cómo el mío, y eso fué el crear dificultades.  
En cuanto á usted, señor mío,  
(Con dignidad exagerada.)  
permítame que me espante al ver su imaginación,  
que de un modo tan notable

- le hace á usted sospechar cosas  
en que no ha pensado nadie.
- SER. Señora...
- SOL. ¡Pero estos chicos  
las ilusiones que se hacen!
- BRIG. ¿De modo que no hay quien pueda  
tanta dicha disputarme?
- SOL. Ninguno. Mi corazón  
tan sólo por usted late.
- SER. (Pues, señor, ¡tiene más conchas  
que un galápago esta madre!)
- ART. Mi general: por vucencia  
no dudé en sacrificarme...
- BRIG. Es buen chico, Soledad,  
transijamos.
- SOL. Que se casen.
- BRIG. Puede usted traer claveles  
sin ocultarse de nadie.
- SER. Y yo estoy haciendo falta,  
por lo visto, en otra parte.
- BRIG. Usté dé gracias á que  
ya voy sintiéndome padre.  
Este es mi ramo. (Entregándole á Soledad.)
- ART. Este el mío. (Id. á Dolores.)
- SER. Y este es mio, y va á secarse.
- BRIG. Claveles dobles; lo mismo  
que será doble el enlace...
- SER. Y doble plancha la mía,  
si no tuviera á quien dárselos.  
(Al público.)  
Yo con ellos no me voy.  
No me abandonen crueles  
en la situación que estoy.  
Por una palmada, doy  
este ramo de claveles.

TELON

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*A vista de pájaro.*  
*El gorro frigio.*  
*Boulangier.*  
*Un vaso de agua.*  
*Calderón.*  
*Pan de Flor.*  
*Panorama nacional.*  
*Sociedad secreta.*  
*Claveles dobles.*  
*Los secuestradores.*  
*Los aparecidos.*  
*El Gran Capitán.*  
*Vía libre.*  
*El brazo derecho.*  
*El reclamo.*  
*Los Mostenses.*  
*Los Puritanos.*  
*El pie izquierdo.*  
*Las amapolas.*  
*Tabardillo.*  
*El cabo primero.*  
*Pepito (parodia de Juan José).*  
*El príncipe heredero.*  
*Las malas lenguas.*  
*La marcha de Cádiz.*  
*Los bandidos.*  
*El juicio del año.*  
*Los conejos.*  
*El pobre diablo*









